

CESEDEN

EL ESFUERZO MILITAR BELGA Y LA DISUASION



Abril, 1970

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 45 - IV

Hasta la segunda guerra mundial, Bélgica, situada entre dos grandes potencias enemigas y sin fronteras naturales, se encontraba directamente amenazada. En caso de conflicto, su ejército de maniobra, apoyado en las plazas fuertes del Mosa y de Anvers, tenía que oponerse al primero de los dos adversarios que violara el territorio nacional.

De esta forma y a pesar de las palabras de Guillermo II al rey Alberto, se esperaba que pudiera reproducirse "el milagro de 1870". Pero esto no sucedió. A falta de medios suficientes, esta política de disuasión fracasó por primera vez en 1914. En 1940 la situación era aún más grave. Para intimidar a Hitler, orgulloso de sus éxitos en Polonia y libre de la amenaza rusa, hubiera sido necesario un elemento de gran potencia.

Pero en la actualidad, la situación de Bélgica ha cambiado totalmente. Situada entre dos vecinos reconciliados, su territorio se encuentra englobado en el mundo libre Occidental. Sin embargo, no por ello ha desaparecido el peligro. Ha cambiado de aspecto y de dimensiones. Amenazadas por la expansión soviética, las democracias occidentales se sintieron atemorizadas. Este fue el origen de la Alianza Atlántica.

En un principio esta contaba con un factor de gran importancia: el monopolio atómico americano.

Pero la ventaja citada, que simplificó los problemas estratégicos y permitió el respeto de los soviéticos, fue de escasa duración.

Tras haber aparentado subestimar los efectos de las nuevas armas de las que por el momento carecía su Ejército, los soviéticos lanzaron una vasta campaña de propaganda contra su utilización. Ello no habría de impedirles el establecimiento más o menos secreto de un arsenal nuclear.

Esta política inteligente iba a dar sus frutos. Contrariamente a las estimaciones optimistas de los occidentales, bastaron pocos años a los rusos para recuperar su retraso y crear una fuerza atómica, si no igual, al menos comparable a la de los Estados Unidos. Este prodigioso adelanto traería consigo un cambio radical en la concepción de la defensa, conduciendo al equilibrio en el terror y a la coexistencia pacífica. Los americanos - cuyo territorio se hizo vulnerable a las nuevas armas, se vieron obligados a revisar su estrategia. La represalia masiva cedió el puesto a un concepto más matizado, la "respuesta escalonada".

Con arreglo a ella, en caso de agresión a Europa, la intervención de las fuerzas nucleares americanas ya no tenía que ser necesariamente inmediata, sino que dependería de la importancia del ataque. Esta actitud, razonable desde el punto de vista americano,

no puede por menos que inquietar a los europeos y disminuir el efecto de la disuasión. Elevándose de esta forma el umbral de empleo atómico ¿qué ventaja se puede tolerar a un agresor en un teatro carente de profundidad?

Esta ha sido una de las razones invocadas por Francia para reconsiderar su sistema de defensa, concediendo prioridad al armamento atómico y a la disuasión. Se trata de intimidar al eventual agresor mediante la posesión de una fuerza de represalia nacional, de modesta potencia pero temible, por la adopción de una estrategia contra ciudades.

Los principales argumentos en favor de esta tesis podrían resumirse de la forma siguiente:

- Para disuadir no es preciso llegar al equilibrio de potencia de medios atómicos. El átomo confiere un poder igualador en el sentido de que unos pocos ingenios bastarían para ocasionar al enemigo destrucciones de tal amplitud que ninguna acción por su parte pudiera justificar.
- Protegido por el potencial atómico, el territorio nacional se hace intocable. Ante la gravedad de su empleo la intervención de la fuerza de represalia tiene que depender de la autoridad suprema nacional. Esta intervención sólo se concibe cuando se encuentre directamente amenazada la existencia misma de la nación. Estas condiciones excluyen la división de responsabilidades. Las armas atómicas no se adaptan a la integración.
- Además de esta fuerza de represalia atómica, Francia dispone de un Ejército clásico de seis Divisiones organizado para contraatacar a las fuerzas enemigas que pudieran escapar a la represalia atómica.

Este conjunto se ve completado por la defensa operativa del territorio. Esta está formada por unidades normales entrenadas para la guerrilla. Su mando, descentralizado, asocia a escala regional las autoridades civiles y militares. Los tres componentes citados, fuerza de disuasión atómica, Ejército clásico y defensa territorial, establecen la flexibilidad precisa en la actualidad para la adaptación rápida a situaciones imprevistas. Fuera de la NATO, pero perteneciente a la Alianza Atlántica, Francia se ve obligada, en caso de agresión no provocada contra uno de los estados miembros, a cumplir sus compromisos. Estos se limitan, según los términos del Tratado, a determinar por sí misma "cualquier acción que juzgue necesaria, incluido el empleo de la fuerza armada". El Tratado de Bruselas, firmado en 1948 y actualizado en 1954 por los acuerdos de París, permanece en vigor y prevé el automatismo del apoyo militar. Además, Francia ha confirmado sus compromisos referentes a la ocupación de Berlín.

¿Podría considerarse, llegado el momento, de que Bélgica imite el ejemplo francés? No parece que sea así, aunque algunos especialistas, para los cuáles únicamente las armas atómicas nacionales aseguran una defensa eficaz, lo deseen. Según ellos el so

tenimiento de armas clásicas es un gasto injustificado. Su solución es el submarino atómico. Para un país de las dimensiones de Bélgica ello parece utópico. En primer lugar, desde el punto de vista técnico. Al igual que una golondrina no hace la primavera, un submarino sólo no hace la disuasión. Serían necesarios varios y se necesitarían instalaciones, es decir, una base naval protegida, una organización electrónica compleja para el mando de los submarinos, una flota aeronaval para su protección. Todo ello no podría por menos que arruinar a Bélgica.

Por otro lado y a menos que se confíe a la fabricación de la industria nacional, lo que parece por ahora imposible, ¿cómo puede Bélgica obtener armas cuya entrega está -- prácticamente prohibida?. Y también ¿dónde encontrar marinos y técnicos altamente cualificados en número suficiente en un país de escasos recursos y que su Marina se encuentra en estado embrionario?.

Renunciar a las fuerzas clásicas equivaldría a una retirada de la OTAN toda vez que las armas nucleares tienen que ser nacionales y no pueden integrarse. ¿Cómo imaginar a Bélgica amenazada directa y aisladamente y enarbolando con la represalia nuclear?. Naturalmente existen límites para el poder igualador del átomo.

La garantía de los EE.UU., aun con la respuesta flexible, sigue siendo importante. Aunque Europa no sea para los americanos un territorio nacional, no por ello deja de ser un objetivo de importancia vital. Haciéndose dueños de las costas atlánticas, los soviéticos no tardarían mucho en dominar Africa y América del Sur.

Frente al monolito soviético, la defensa de una Europa fraccionada precisa del apoyo de los EE.UU., cuyo potencial nuclear constituye la pieza clave de la disuasión.

Siempre han existido opiniones contradictorias y diferencias en cuanto a la importancia a conceder a las armas nucleares. En vísperas de la guerra de 1914 los expertos militares todavía discutían la idoneidad de la artillería pesada y de la eficacia de las ametralladoras. A la primera se le reprochaba la carencia de movilidad. Y lo que es más asombroso, los adversarios de la ametralladora la consideraban como un despilfarro de munición. Su excesiva precisión y su velocidad de tiro llegó a hacer que se dijera de ella que "mataba diez veces al mismo hombre". En diferente escala hoy se repite que el cúmulo de armas nucleares de los EE.UU. permitiría destruir varias veces a la humanidad entera.

El porvenir sigue siendo incierto y fértil en sorpresas. ¿Quién hubiera previsto en 1945 la explosión demográfica, la descolonización, el reinado del ordenador?

Actualmente, sólo los optimistas confían en el arma nuclear para poner fin a la guerra. Nada más falso. Aparte de un duelo termonuclear, improbable por ser absurdo, la guerra puede tomar infinidad de formas más localizadas y menos destructivas. Incluso ni la escalada atómica llegaría a aquel extremo.

El todas las épocas, las armas nuevas han suscitado la reprobación. Así ha sucedido desde la ballesta hasta las primeras armas de fuego. Para el guerrero, resultaba deshonoroso matar a distancia. Tras los gases tóxicos, el escándalo de nuestros días se debe a las armas nucleares. Estas han sido la razón de un progreso del que sería vano lamentarse y al que no hay más remedio que adaptarse. En el curso de la última guerra mundial no se llegó al empleo de los gases por razones de oportunidad y de temor a la reciprocidad. No llegaron a entrar en juego las consideraciones humanitarias. Por tanto no podemos decir que sea imposible que suceda lo mismo con las armas nucleares. Es únicamente cuestión de circunstancias y de casos concretos. Al igual que la artillería sirvió en su tiempo para hacer declinar el poder feudal constituyendo un patrimonio exclusivo de la realeza, únicamente las grandes naciones industriales son en la actualidad capaces de poseer el conjunto de armamento moderno.

Los pequeños países no pueden en lo sucesivo defenderse aisladamente. Por su parte, Bélgica, al renunciar a su neutralidad tradicional, se ha unido de pleno derecho a la Alianza Atlántica. Su cooperación militar se limita al campo clásico. Una solución razonable: unas cuantas armas nucleares no incrementarían en nada el potencial estratégico americano. Por el contrario, mientras las armas clásicas sean el indispensable complemento de las armas nucleares, parece justo que junto a los americanos y demás copartícipes de Centro Europa, Bélgica tome la parte que le corresponde. Su contribución se basa en fuerzas clásicas dotadas del material apto para el lanzamiento de ingenios atómicos tácticos. Suponer que serían los "tiradores de las armas americanas" es una ironía demagógica sin fundamento y carente de significado.

Las fuerzas belgas afectadas a Centro Europa comprenden un cuerpo de Ejército de dos Divisiones a tres Brigadas cada una y las Fuerzas Aéreas afectas a la segunda Fuerza Aérea Táctica Aliada (ATAF). En un futuro próximo se reorganizarán las fuerzas terrestres. Las seis Brigadas quedarán reducidas a 4 de las cuáles 3 quedarán en Alemania y la cuarta será trasladada a Bélgica. Sus efectivos se mantendrán al 100 por 100, cosa que no sucede ahora. El sistema obligatorio quedará sustituido paulatinamente por personal voluntario y se tratará de dar salida a los millares de voluntarios, cabos y soldados, ineptos para el servicio que saturan los destinos burocráticos y recargas en presupuesto. Según su edad, recibirán pensión o serán transferidos a petición propia a otros servicios públicos con arreglo a las recientes disposiciones legislativas relativas a la movilidad de los funcionarios del Estado. Estas mutaciones, justificadas por el interés general, se realizarán en principio por deseo de los interesados cuyos derechos quedarán así protegidos en la mayor medida posible.

El éxito de esta operación, cuya realización pragmática precisará varios años, dependerá de los recursos que ofrezca el voluntariado y las posibilidades de reclasificación del personal excedente. Vemos así que será el factor humano predominante y decidirá finalmente el éxito.

Hay que reconocer que los reemplazos que se suceden año tras año, en los cuales hay que instruir, no son los más idóneos para el cumplimiento de la misión requerida

por unidades que deben estar en todo momento dispuestas a entrar en campaña. Un año no es un período suficiente para formar los cuadros y especialistas de complemento que precisa un ejército operativo moderno. Apenas instruido, el recluta abandona su unidad sin regresar a ella. Asimismo, un material caro sometido a la servidumbre de la instrucción sufre un desgaste prematuro.

En resumen, en el siglo de la eficacia el sistema actual es inadecuado. Además tampoco se puede pensar en la prolongación de la duración del servicio.

Las razones citadas militan en favor del voluntariado. En un país en que la carrera de las armas no atrae vocaciones, el problema está en conseguir las.

Por otro lado el voluntariado idóneo y el moderno material son muy caros. Un ejército profesional moderno sólo puede conseguirse con la condición de preceder a reducciones de **volumen** y de efectivos que imponen los límites presupuestarios. La calidad sólo puede obtenerse en detrimento de la cantidad. Admitiendo que el voluntariado pueda cubrir el equivalente a una división para las fuerzas designadas a la cobertura en Alemania, es decir, un cuerpo de Ejército con dos Brigadas, habrá que contar con la recluta forzosa para atender a las necesidades de las unidades estacionadas en Bélgica. Estas necesidades pueden estimarse en la forma siguiente:

- 45.000 voluntarios (incluidos los compromisos a corto plazo) para el conjunto de los tres Ejércitos y la distribución sería:
 - . 16.000 para las fuerzas terrestres en Alemania,
 - . 15.000 para las fuerzas aéreas,
 - . 4.000 para las fuerzas navales,
 - . 10.000 para las fuerzas terrestres del interior y los servicios administrativos en Bélgica.

- 15.000 hombres de reemplazo:
 - . 10.000 para las fuerzas terrestres del interior,
 - . 5.000 para el conjunto de las fuerzas aéreas y navales.

Estas cifras dan un total de 60.000 hombres para el conjunto de los tres Ejércitos. Actualmente se cuenta con 100.000 hombres. Admitiendo los cálculos previstos, la recluta obligatoria se reduciría a la mitad y su número podría variar según las necesidades del momento. La flexibilidad del sistema permitiría igualmente hacer frente a situaciones imprevistas.

Algunos medios políticos proponen la supresión radical del servicio obligatorio. Con independencia de cualquier otra consideración moral o de otro tipo, este hecho pare-

ce, desde el punto de vista técnico, difícilmente realizable. Obligaría a que el voluntariado atiende no solamente a las necesidades de las fuerzas de cobertura, sino también a las de las fuerzas del interior. Por otra parte no se puede renunciar a estas últimas dejando el territorio nacional sin defensa, ya que éstas prolongan en profundidad la acción de las fuerzas de cobertura. Asimismo, y puesto que las defensas frontales no bastan para proteger a países permanentemente vulnerables, las fuerzas del interior deben colaborar con las de seguridad para el mantenimiento del orden y la protección de los ciudadanos. Es fácil imaginar los desórdenes y pánicos que puede provocar una amenaza de bombardeo atómico o un simple rumor. Basta para ello apreciar el nerviosismo del público ante el simple anuncio de restricciones anodinas. ¿Qué sucedería en caso de grave crisis o de peligro inmediato?

Si hubiera que elegir, valdría más renunciar a las fuerzas de cobertura y conservar las del interior.

En la reorganización prevista, las reducciones de efectivos a realizar quedarán compensadas por un incremento de la potencia de fuego y por la modernización de material. Por el momento ya se ha decidido la situación de los carros "Patton" por los "Leopard" alemanes. En cuanto a aviones se ha elegido el "Mirage" francés como sucesor del "F-84".

El número de Divisiones necesarias para la defensa de Centro Europa se estima actualmente en 24, lo que representa una densidad aproximada de una División por cada 30 kilómetros de frente. Hay que tener en cuenta también la necesidad de organizar una defensa suficientemente profunda y prever reservas móviles para contrarrestar eventuales contraataques. El número de Divisiones fue fijado hace tiempo en un total de 30. Esta cifra no se alcanzó nunca; antes de contar con las 12 Divisiones alemanas no se pasó de 18. Pero esto era en la época del monopolio atómico. Con la entrada del Ejército alemán, el número de Divisiones se ha mantenido aproximadamente en 24. Sin embargo, la potencia de fuego se vio considerablemente incrementada por las armas atómicas tácticas. Se cita el número de 7.000 ingenios, lo que representaría 1 por cada 100 metros de frente. Pero lo importante es saber con cuántos contará el enemigo en caso de ataque.

Supuesto que se aprovechen al máximo, el defensor cuenta con algunas ventajas. En primer lugar conoce el terreno y puede organizarlo y fortificarlo. La fortificación -- siempre ha hecho mella en el atacante. La línea Siegfried y el muro del Atlántico permitieron a Hitler atacar al Este. En cuanto a la línea Maginot, los alemanes se guardaron de atacarla directamente, pero no fue utilizada en forma racional. La fortificación adecuada debe permitir economía de fuerzas en favor de la maniobra.

Por su parte, el agresor tiene la gran ventaja de la iniciativa y de la sorpresa. Incluso alertado, el defensor queda más o menos sorprendido. Así sucedió el 1940 en el Canal Albert y en Sedan, en donde las tropas estaban alertadas y ocupaban sus puestos de combate. La aviación quedó destruida en el suelo y los paracaidistas lanzados sobre Rotterdam aniquilaron la defensa holandesa.

En la actualidad, en caso de ataque, el defensor cuenta con el poder de contención del fuego atómico táctico. Sin embargo, las cabezas atómicas están bajo control americano. Este punto es importante. Si la autorización para su uso no llega a tiempo, se corre el riesgo de ruptura de la cobertura y una oleada masiva de fuerzas blindadas podría crear una confusa mezcla de combatientes y habitantes que paralizaría la defensa.

En las circunstancias presentes y mientras se mantenga el equilibrio atómico y persista la división del mundo comunista, no puede pensarse en una guerra en Europa. Esta sólo podría ser el resultado de un acto irreflexible. Ella supondría la destrucción de Europa en beneficio de China. Es normal por tanto que los gobiernos se preocupen por las cuestiones económicas, tecnológicas y sociales y que los países traten de reducir los gastos militares en beneficio de otros sectores. Sin embargo, frente al potencial militar considerable de los países del Este, siguen existiendo límites a las reducciones unilaterales por muy deseables que sean.

Para los países europeos, incapaces de asegurarse su propia defensa, la Alianza Atlántica continúa siendo el mejor escudo protector. Pero ésta cuenta con las tareas inherentes a toda coalición, agravadas por el hecho de que 15 naciones, de importancia y potencia muy desigual posean, al menos teóricamente, los mismos derechos. Tan en sí, que el Comité Militar, órgano supremo de la Alianza, depende de las decisiones de un Consejo de 15 representantes de los países participantes. A su cabeza se encuentra un general que lo preside, por turno rotatorio, pero que carece de mando. Asimismo, en tiempo de paz, los mandos integrados carecen de mando efectivo, constituyendo órganos de planificación. El Pacto de Varsovia entre la URSS y sus satélites es de naturaleza muy distinta. Se trata en realidad de un bloque militar bajo las órdenes de Moscú, lo cual constituye una superioridad.

En caso de situación tensa es difícil prever lo que podría esperarse de las deliberaciones de un Consejo de 15 miembros. Presionados por las circunstancias, es probable que los EE.UU. se vieran obligados a decidir por sí solos. Los europeos correrían el riesgo de encontrarse ante el hecho consumado. ¿Qué otra cosa puede esperarse cuando está en juego el destino de la humanidad y se desea que la decisión sea rápida? Una solución transitoria podría consistir en un directorio formado por los Jefes de Estado de las tres potencias atómicas, EE.UU., Francia y Gran Bretaña, en tanto que se llegue a la Europa política. Pero en el clima actual no parece que ello pueda lograrse. La Alianza seguirá siendo lo que es: un mal menor.

Pretender que la diseminación nuclear sea un factor estabilizador, que un pequeño país pueda, gracias a algunos ingenios, intimidar a un coloso, parece algo excesivo. Es llevar hasta el absurdo el llamado poder igualador del átomo. En la era de los Estados-continente, los pequeños países tienen que contenerse con sobrevivir. La balcanización denota importancia tanto en el campo económico como en el militar. Pero al igual que todo parto es difícil habrá que esperar para construir a Europa. Los obstáculos son grandes. Los de orden pasional y efectivo no son precisamente los menores. Por todas partes surgen nacionalismos anticuados, particularismos infantiles. No resulta fácil romper con

las costumbres seculares. Todo progreso provoca reacción haciendo nacer resistencias. Esta es una Ley universal. A lo largo de sus orillas los ríos más potentes no escapan a las contracorrientes. Los Estados modernos se formaron lentamente. El siglo pasado Alemania era aún un mosaico, un conjunto disparatado de reinos y principados de carácter feudal, Italia no era más que una "expresión geográfica".

Pero esto no impide que la Europa del porvenir está ya en marcha. Mejor que el Zollverein, preludio del imperio alemán, el Mercado Común realiza progresivamente su integración económica.

De otra parte, en el plano militar de la OTAN ha permitido la integración de mandos operativos. La logística sigue siendo nacional impidiendo la standardización. El Comité encargado de la normalización de materiales y armamentos chocó con los egoísmos nacionales consiguiendo únicamente realizaciones menores. Los intentos para conseguir una racionalización de las fabricaciones militares no han sido más felices.

Todos estos problemas de importancia fundamental deberían estudiarse en el cuadro de la comunidad europea.

Si como es de desear, Europa continúa en su evolución hacia la unificación, deberá disponer de una organización de defensa adaptada a las técnicas modernas. Esta deberá contar con una fuerza nuclear de disuasión estratégica junto a las fuerzas clásicas, de efectivos y volumen reducidos pero equipadas con armas atómicas tácticas. Además cada país deberá asegurarse su propia defensa territorial.

Esta es la fórmula que van adoptando progresivamente y según sus medios los diferentes ejércitos europeos. Al tratar de modernizar sus fuerzas clásicas, Bélgica se incorpora igualmente en este camino. Pero ante el tratado de no proliferación nuclear debe adoptar una aptitud que le permita labrarse el futuro. Es evidente que la distinción entre armas clásicas y nucleares será cada vez más artificial e ilusoria. Las fuerzas clásicas van equipándose progresivamente de armas atómicas tácticas. No sería lógico imaginar que ningún tratado se oponga a esta evolución normal. Ya no nos encontramos en el amanecer de la edad atómica. El día en que la energía atómica sustituya a la de los hidrocarburos, todos los países industriales estarán capacitados para fabricar armas atómicas. En ese momento será prácticamente imposible su prohibición. Se llegará a las interminables disuasiones sobre desarme y a los problemas insolubles del control y de las sanciones.

¿Se deberá declarar la guerra al país que infrinja el tratado?. El remedio sería peor que la enfermedad.

Desde ahora hay que prever y preparar la realización progresiva del aparato militar de la Europa del mañana. Será preciso dar la primacía a los problemas logísticos relativos a una normalización de armamentos y equipo. Esta cuestión tiene actualmente capital importancia.

El Mercado Común, que busca la integración económica europea, parece el organismo más indicado para este fin: integración de las fabricaciones militares y de los órganos de investigación tecnológica.

Desde el nacimiento de la OTAN se han producido muchos cambios en el mundo. En Europa, la amenaza soviética y la guerra fría han cedido su puesto a un clima de distensión.

Los Gobiernos se ven preocupados por las cuestiones económicas. En este campo, en el que se libra la competición mundial, Europa, a pesar de su resurgimiento, se ha visto rebasada. Ha llegado la hora de que los europeos se aúnen, que unan sus energías y sus inteligencias y dejen ya de actuar en orden disperso.

Solamente unidos podrán dar a la vieja Europa el dinamismo y vitalidad de otros tiempos en este mundo nuevo que se elabora ante sus ojos.

Bajo la pena del fracaso, es preciso que encuentren la fórmula para la abolición de las barreras que los separan y para controlar las rivalidades que aún los enfrenta. Estas no son más que secuelas de unos tiempos pasados pero no por ello son menos nocivas y persistentes.

Sea como fuere ha sonado para Europa la hora de un nuevo caminar. Contemporizar es marchar hacia atrás.

Hay que marchar hacia adelante.
